

por caso: si un caminante tiene gana de comer echa mano á media docena de duraznos ó peras ó á algunas manzanas, y ya con eso mata el hambre. Luego, tú hiciste un bien plantando esos árboles... Todo bien que se haga lleva caridad consigo... ¡Cuánto me alegro de que pienses de ese modo, Pancho! Eso me dice que tienes buen corazón.

—Los dos pensamos iguales, Frasquita. Vamos, pues, á ser dichosos porque en la junta—armonía, dice Juanelo—de pensamientos está la dicha. Mira, Frasquita: el oficio de labrador es el más honrado que hay en el mundo. Si no hubiera quién sembrara, nada se cogía y la gente se moría de hambre. Sin embargo, ves que los de la ciudad llaman á los del campo brutos, patanes, y qué sé yo cuántos nombres les dan en són de burla. ¿Y por qué? Porque son ignorantes y no saben portarse como la buena educación manda. Sí; van á la escuela, pero apenas salen de ella no vuelven á coger un libro. Si alguno tiene qué leer un papel escrito, lo hace gagueando y apenas se entiende lo que dice. Luego, si vienen á casa de alguna gente de ciudad, no saben portarse como deben. El otro día vino el medianero de doña Carmen; llovía y traía los zapatos llenos de barro, y en vez de pedir permiso para ir allá fuera á limpiárselos, se sentó en la sala en la primera silla que halló á mano, poniéndose á fregar con fuerza un pie contra otro, dejando en el limpio piso un montón de barro. Esta acción es muy puerca; y como muchos campesinos hacen esas y otras parecidas, de ahí que los llamen esto y lo otro y los ciudadanos los miren por sobre el hombro. Tuvieran los del campo un poco de educación, y ya serían más considerados. Porque bien se sabe que los labradores, con sus productos, mantienen á todo el mundo. Ni siquiera el Gobierno podría pagar sus empleados: no tendrían con qué si faltaran los trabajadores del campo, puesto que las rentas del Estado proceden todas de los productos rurales. Todo esto que digo me lo ha enseñado Juanelo, y yo me arreato á su parecer. Seré labrador; pero un labrador educado y algo instruido: á mí no me llamarán palurdo ni patán. ¡No, por Dios!

Pancho estaba en lo cierto: edúquese al campesino; instrúyasele un poco—no es menester mucho—ande calzado y nunca descalzo; vaya con chaqueta y no en mangas de camisa, y ese hombre, atento y cortés con todos, será muy bien mirado aunque cave y labre la tierra, aunque vaya guiando la yunta de una carreta. Para eso sería preciso enseñar desde la escuela á los muchachos, que más tarde

serán hombres, que no deben nunca presentarse en los templos y procesiones mal pergeñados sino todo lo mejor ataviados que puedan y á transitar en centros civilizados, bien vestidos, no á la pata la llana, sino como exige el ornato público. Se nos argüirá que son pobres.....; No hay tal! Hemos visto mucho campesino con buen pantalón de casimir, fino sombrero de pita y pies desnudos besando el santo suelo; eso lo que revela es tosquedad y pésimo gusto.

¡Cuánto mejor sería llevar ropa de mezclilla y pie calzado!

LA MENTIRA Y LA VERDAD



CAPITULO IX

LA MENTIRA Y LA VERDAD

Al fin llegó la hora: Angelina despertó.

Serían las tres. Don Prudencio aguardaba en la sala por lo que pudiera suceder. La enferma abrió los ojos y su mirada estaba serena.

Doña Carmen, sentada á la cabecera, la dirigió una amable sonrisa preguntando:

¿Cómo te sientes, querida?

Angelina movió los labios sin producir sonido alguno.

—¡Ah! me había olvidado de la advertencia del doctor. Por unos días, mi querida amiga, no podrás hablar porque ese ataque que has sufrido afecta directamente el órgano de la voz; pero eso pasará muy pronto. Tóma este papel y este lápiz, y escribe lo que te ocurra preguntar.

Angelina escribió: “¿Y el niño, dónde está? Quiero verlo.”

—Albertito está allá, en casa, con las niñas.

Y doña Carmen tosió de manera especial—contraseña convenida con el doctor.

Don Prudencio entró acercándose á la cama con aspecto sonriente.

—Vamos, vamos, señora, que esta mejoría va á paso de carga: está Ud. ya casi buena. El pulso dijo—tomándose—está en estado normal: tiene Ud. muy buen color... y ahora vamos á tomar un caldito confortable. Creo que Ud. no podrá hablar en algunos días; pero eso no implica peligro alguno. La laringe ha sufrido una especie de choque: se ha inflamado un poco. De ahí la mudez que Ud. sufre. Apenas pase ese pequeño desorden, volverá Ud. á recobrar su voz tan clara y sonora como siempre la tuvo; su

timbre argentino será el mismo de antes. Si quiere Ud. hacer alguna indicación ó pregunta, hágalo por escrito.

Ella escribió: "Quisiera ver al niño."

¡Oh, oh!—dijo el doctor así que hubo leído.—Lo que Ud. pide no puedo por ahora concederlo porque no debe sufrir ninguna impresión, ni triste ni alegre, hasta que recobremos la voz: cualquier alteración retardaría la vuelta de tan preciosa facultad.

"Pero — escribió Angelina — ¿cómo voy á estar tantos días sin ver á Albertito?"

—¡Eh! ¿Qué son cuatro ó cinco días? Mi madre me adoraba y estuvo catorce años sin verme cuando fuí á estudiar á París. Entonces no se graduaban doctores á la ligera: había que estudiar á conciencia por largos años.

Angelina escribió: "Tiene Ud. razón, doctor; tendré paciencia."

Doña Carmen, que leyó el escrito, sintió que las lágrimas pugnaban por correr de sus ojos: sacó el pañuelo y se sonó estrepitosamente pretextando un ligero constipado.

Entre tanto se mandó á Frasquita que pidiera á Bonifacia una taza de caldo para la enferma. Ésta vez la sirvienta se apresuró á llenar la taza más bonita que había en el bazar y la entregó á la doncella.

Decididamente, la familia no era del todo arisca.

El doctor disolvió en el caldo una cucharada de carne condensada, y se lo presentó á Angelina.

—Ud., por ahora, no tendrá apetito; pero hay que fortalecerse para que funcione regularmente la economía orgánica.

Doña Carmen sostuvo la cabeza de la enferma, y ésta poco á poco tomó todo el alimento.

—¿Siente Ud. molestia en el acto de la deglución?—preguntó el médico.

Angelina hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Pondremos, para alivio, un emplasto emoliente; ya se irá calmando el malestar.

En este momento entró Corina; se acercó á la cama y medio abrazó á la paciente felicitándola por su mejoría. Después pidió ropa del niño para mudarle.

Angelina escribió: "En el armario hay mucha; llévate tres ó cuatro mudas, Corina, y cuídame bien á Albertito."

—¡Oh, pierde cuidado! Está muy contento.

¡Y Corina se fué á mudar un niño que, probablemente, á aquella hora, navegaría en alta mar á muchas leguas de

distancia de su pobre madre! La farsa iba surtiendo buen efecto. ¡La realidad sería atroz! No cabía allí. Ya vendrá el terrible desengaño!

Adela también llegó á significar á su amiga lo contenta que estaba con su mejoría. Sentóse á la cabecera, entablándose entre las dos un diálogo oral y escrito. Todas las preguntas escritas versaban sobre el niño. ¿Qué hacía? ¿Con qué jugaba? ¿Qué comía? ¿Pregunta por mamá? ¿Quiere venir?

La angelical Adela, cuyos labios jamás se habían empañado con la mentira, estaba en berlina. Pero, ¡qué remedio! Había que mentir á todo trance. Ella se proponía hacer después alguna penitencia en expiación de todas las falsedades que estaba diciendo allí. Quizá con algunos ayunos la Santa Virgen la perdonaría. . . . Y seguía inventando patrañas admirada de poder hacerlo. Doña Carmen, á una seña del doctor, había pasado con él al salón. Apenas tomaron asiento, don Prudencio sacó del bolsillo un periódico muy bien doblado; lo abrió, y señalando con el índice un artículo, dijo á la señora:

—Sírvase Ud. leer eso.

El suelto decía á la letra:

“Noticias de Puntallana.”

Abril 29.—Señor Director del “Times”.—Señor: Ayer tarde á eso de las seis se avistó en las aguas de Barlovento una hermosa fragata que, al parecer, no tenía intención de fondear—talvez por ser demasiado tarde para llegar al puerto. Se mantenía á la capa dando bordadas. Creí que hoy fondearía; pero, con no poco asombro, esta mañana, al levantarme muy temprano con objeto de contemplar de día tan hermosa nave, la alcancé á ver, con el antejo, allá muy largo, en el lejano horizonte. Habiendo hablado del asunto con algunos amigos, uno de ellos se adelantó diciendo: “Yo tengo algo que decir sobre ese buque.” “Dí, dí”—repetimos todos.—“Ayer tarde—dijo el amigo—bajé á mi casa de la Sancha que, como sabéis, queda á orillas del mar. A las nueve me acometió un rabioso dolor de muelas; cogí un jarro y me fuí á la orilla, lo llené de agua salada y comencé á tomar buches. La tal fragata estaba enfrente bordeando, cuando de repente vi desprenderse de su costado una lancha, que navegando rápidamente se puso muy cerca de tierra, lo cual me infundió cierto temor y me escondí detrás de una gran piedra. Se distinguió claramente el sonido de algunas voces. Pronto desapareció el esquife con dirección á la ciudad. Co-

mo el fresco ambiente salino y los repetidos buches me aliviaban mucho, no regresé pronto á casa y medio me adormecí recostado en la roca. Cuando del todo me sentí sin aquel dolor infernal, miré á la luz de un fósforo mi reloj y ví que había pasado en la playa muy cerca de cuatro horas. Entonces me levanté para regresar. Eché un vistazo agradecido á mi médico salino, y eso me proporcionó el volver á ver la lancha que esta vez no costeaba la ribera sino que á todo remo se encaminaba al barco. A poco de llegar al costado, la fragata desplegó todas sus velas navegando mar adentro. Ahora bien, señor Director: ¿ se tratará de un contrabando? ¡ Mucho ojo los guardacostas!—Su atto. S., El Corresponsal.”

Doña Carmen, á pesar de tener la convicción moral y material de lo mismo que leía, no pudo menos de estremecerse al verla tan plenamente demostrada.

—¡ Dios mío! ¡ Infeliz Angelina!—exclamó anegada en lágrimas.—¿ Qué va á ser de tí al saber la terrible verdad?

Don Prudencio, realmente emocionado aunque sin lágrimas, porque los hombres raras veces lloran, y menos los médicos acostumbrados á presenciar los casos más calamitosos, tomando la palabra dijo así:

—Señora: tenga Ud. valor, por que los hechos consumados no tienen más solución que la conformidad. No pierda Ud. la gran serenidad que pide esta desgraciadísima emergencia. Si desde ahora pierde Ud. el valor, ¿ cómo podrá afrontar la gran crisis que se prepara á esa desgraciada madre cuando sepa que su hijo y su esposo han desaparecido para siempre? ¡ Oh, yo sé bien que el despertar á la realidad, de esa joven señora, será horrible!..... Y sin embargo, dentro de cinco ó seis días es de todo punto necesario que se la entregue esa carta ilegible para nosotros: ahí estará la clave de este misterioso infortunio.

Doña Carmen, que tenía gran corazón, comprendió al momento lo acertado del discurso, y enjugándose las lágrimas se propuso no llorar más.

El doctor se despidió ofreciendo volver tres veces por día á dar por sí mismo los alimentos á la enferma, pues como ésta, por no tener apetito podría rechazarlos, él se comprometía á dárselos haciéndolos tomar bajo su mandato facultativo. Era de suma importancia que el cuerpo estuviera bien fortificado y dispuesto para el momento en que recibiera la tremenda noticia.....

Por espacio de ocho días se continuó el mismo régimen. Adela, repugnándole ya tanto mentir, iba poco al cuarto de Angelina. Rogóle á Corina que fuera ella—como más des preocupada—á continuar la farsa oral y escrita que todos los días se representaba á la cabecera de la enferma. Doña Carmen también desempeñaba su papel de embustera, no con voluntad, eso no, pero sí con resignación cristiana. Se trataba de la curación de su amiga; era, pues, un acto de caridad mentir para conseguirla. Después..... ¡Ah, después!..... ¿Quién sabe?.....

No hay para qué decir que María no volvió á aparecer por la casa, como tampoco el anónimo que Pancho esperaba anunciando el secuestro del niño. El pobre Pancho estaba desorientado. Si no fué secuestrado, ¿dónde, pues, estaban Albertito y María?

Aunque Pancho y Frasquita eran muy estimados en la casa, el hecho ocurrido era tan grave, que se les dejó ignorar el verdadero nombre del agresor. Ni en sueños sospecharon ellos que su querido patrón don César fuese el delincuente. Así es que los dos buenos muchachos se devanaban los sesos sin poder acertar con la verdad.

En esas incertidumbres llegó el octavo día, y Angelina recobró la voz.

Avisado á tiempo, el doctor se hallaba en el salón. Angelina se bajó de la cama diciendo á doña Carmen:

—Ya me volvió la voz, amiga mía. Ahora sí podré ver al niño. Tráigalo Ud., querida.

—Ahora anda de paseo con las niñas; pero vendrá pronto. Y dime, Angelina, ahora que ya puedes hablar: ¿cómo fué el comienzo del ataque?

—Yo—dijo Angelina—lo único que recuerdo es que estaba sentada al escritorio. Allí me entretenía mirando el retrato de una persona que, algún día, no lejano, diré á Ud. quién es. De repente sentí un gran dolor en la garganta, y no supe nada más.

Doña Carmen comprendió que su amiga ignoraba por completo lo pasado, ¡y pensar que había que decírselo! A no ser por la desaparición del niño, ella podría continuar en su error creyendo que aquello había sido realmente un ataque natural..... Las palabras que añadió Angelina acabaron de confirmarla de la total ignorancia de su amiga.

—Cuánto tarda César en llegar! Me ofrecía en su última carta estar aquí á fin de Abril ó primera semana de Mayo, y ya comienza la segunda sin él parecer! Desde

mañana miraré con el anteojo todos los días temprano, á ver si veo asomar el barco en el lejano horizonte. Míre, amiga: mande á Frasquita, á ver si ha llegado Albertito; que me lo traiga en seguida.

Al fin: ¡había sonado la funesta hora! Doña Carmen afrontando heroicamente la situación, abrió el fatal cajón de la mesa que, nueva caja de Pandora, iba á esparcir multitud de males sin dejar en su fondo la Esperanza, como la dejó aquélla.

—Angelina, hija mía: ved lo que contiene este cajón.

Ella se acercó, y al ver el papel abierto y el montón de oro se quedó estática..... Luego cogió el fatal escrito leyéndolo rápidamente. A medida que leía, sus ojos se abrían desmesuradamente; al terminar la lectura, su vista se estravió y dando un grito feroz corrió desatentada por la estancia rompiendo cuantos adornos de mesas halló á mano; después, volviendo su furor contra sí misma, hizo trizas sus vestidos, y siempre gritando, cayó al suelo en medio de horribles convulsiones. Se encogía, se estiraba, se mordía los brazos..... al parecer querría su propia destrucción y la de todo lo que la rodeaba. El doctor estaba allí presenciando el terrible ataque.

A los grandes gritos y estridentes carcajadas que á cortos intervalos se repetían, varios transeúntes subieron á informarse. Don Prudencio suplicó le ayudaran á subir á la enferma á la cama, pues sus fuerzas, las de Pancho y las señoras reunidas, eran insuficientes para contener un paroxismo en el cual los nervios desarrollan un poder inmenso. Fueron necesarios seis hombres para sujetar á aquella joven, que en su estado normal no podría luchar con uno solo. Uno la cogió por un pié, otro por el otro; dos cogieron los brazos, uno la cabeza, y, finalmente, el sexto puso los brazos bajo la espina dorsal. Así consiguieron, no sin gran esfuerzo, colocarla en la cama. Allí ya fué más fácil sujetarla. Los vecinos viendo que ya la familia bastaba para el socorro de la enferma, se marcharon llevándose los agradecimientos de los circunstantes. Las damas, el doctor y Pancho, permanecían junto á la cama. Angelina yacía quieta uno ó dos minutos, volviendo en seguida á gritar y retorcerse.

—¿Cómo se llama este terrible ataque, doctor?

—Este, señora, es un ataque epiléptico, llamado vulgarmente mal de corazón.

—¿Corre peligro la vida?

—No, señora. Es horrible en sus manifestaciones, pero no reviste consecuencias mortales.

La atacada volvió á gritar, haciendo inútiles esfuerzos para morderse los brazos. Pancho lo impedía sujetando de firme la cabeza sobre la almohada.

—¿No se podría, doctor, dar algún calmante?

—Sí, se podría dar; pero entonces la paciente no explayaría por completo el gran dolor que ha motivado este accidente. Es mejor que el ataque siga su curso natural. Después que con gritos y convulsiones haya desahogado su pena, vendrá la reacción: quedará sin fuerzas ni voluntad para nada..... casi insensible..... pero á poco volverá la energía: quizá tarde algo..... pero volverá.

El ataque duró veinticuatro horas completas.

El doctor se retiró á media noche. Las señoras y los sirvientes permanecieron junto al lecho, cuidando á la paciente. En la madrugada se observó que el mal iba aflojando. Cesaron los gritos, pero á intervalos volvían las convulsiones.

A las ocho de la mañana llegó el doctor y diagnosticó que el ataque iba á ceder pronto. Aconsejó á doña Carmen y á las niñas que se retiraran á dormir un poco. Que Pancho y Frasquita se quedasen velando aún otras dos horas: bastaba con ellos para cuidar, puesto que el mal menguaba rápidamente. Las señoras tomaron el consejo, retirándose á descabezar un poco.

Tres horas después, Frasquita llegó presurosa cortándose el sueño con el anuncio de que Angelina estaba despierta. Todas corrieron á la estancia. Efectivamente, la pobre víctima estaba despierta. Sus ojos abiertos exhibían una mirada tan triste y desoladora, que era todo un poema de dolor sin consuelo; su vista hacía llorar, y todos lloraron —ya no había necesidad de fingir. Sólo ella no lloró: ¡los grandes dolores morales no tienen lágrimas!!

Cuando más tarde volvió el buen médico—ya íntimo de la casa, por conocer á fondo el secreto de esta gran tragedia—dijo á doña Carmen que Angelina quedaba sujeta á sufrir ese ataque siempre que tuviera alguna dolorosa impresión; nunca la daría tan fuerte, pero es indudable que en cualquiera desagradable emergencia se remitiría, y eso duraría, acaso, por muchos años.

—Creo—terminó—que ahora no tendrá esa joven otro gran infortunio qué lamentar. Así es que me prometo que el mal de corazón tardará mucho en reaparecer.

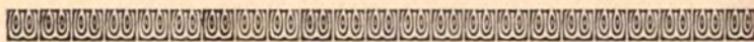
Dos días después, hallándose doña Carmen sola con Angelina, ésta la dijo:

—Amiga de mi alma: Ud. y sus niñas son las únicas compañeras que deploran conmigo mi gran desolación. Es preciso que Ud. se entere del contenido de aquel fatal papel que ha sellado mi desgracia haciéndome la mujer más infeliz que sustenta la tierra. Tome, lea Ud. eso, dijo, alargando un papel.—Lo he traducido para que Ud. pueda entenderlo.

El escrito decía á la letra:

“¡Mujer traidora, á quien amé hasta la adoración! El cielo me castiga porque faltando al precepto divino, adoré á un sér mortal. Cuando llego anhelante á estrecharte en mis brazos, te hallo extática contemplando el retrato de algún antiguo ó moderno amante. Lanzándome á tí quise ahogarte entre mis manos, que sin duda te hubieran estrangulado; pero un lloro del niño me volvió la razón. Creo que vivirás porque tu corazón late. Te dejo una fuerte suma de dinero porque la mujer que lleva mi nombre no debe morir de miseria. Me llevo mi hijo, y esto, si le amas, será tu mayor castigo. Pero las mujeres de liviana condición no son buenas madres. ¡Adiós, para siempre! Cuando tu hijo sea un hombre, le contaré tu liviandad y mi desdicha; y si él te juzga digna de su perdón, vendrá á buscarte en Europa. Antes no lo verás. ¡Que Dios te perdone! yo, jamás te perdonaré!”





CAPITULO X

LA ULTIMA ESPERANZA

Doña Carmen se quedó asombrada al enterarse, por la lectura de la precedente carta, de la feroz conducta que César empleó con su esposa. Angelina era inocente por completo: amaba entrañablemente á su marido y era idólatra de su pequeño Alberto. ¿Por qué no la preguntó César qué retrato era aquél? ¿Por qué no pidió explicación antes de acometerla? ¡Ah, es que los celos son una pasión horriblemente destructora! Hijos legítimos del amor—puesto que sin amor no hay celos—no heredaron ni un átomo de la gran belleza de su padre. Así como éste ilumina, inundando y embelleciendo con su ardiente luz todo lo que toca, reanimando con su potencia creadora la Naturaleza entera, así, en contraposición al padre, los celos piden la destrucción y la ruina de todo lo que existe.

¡Oh, celos! ¡Pasión bastarda y ruín, tus víctimas son innúmeras! ¡Maldita seas!—Hija mía—dijo doña Carmen—el asunto es grave; pero como tu conciencia está libre de pecado, debes tratar de tranquilizarte. Pón tu esperanza en Aquel que dijo: “El que me ame, tome mi cruz y sígame”. En ese Sér incomparable tienes el gran ejemplo de la humildad y la paciencia en la desgracia. El era el Justo por excelencia, el Inocente sin sombra alguna de pecado. y, no obstante, fué condenado á muerte y ejecutado. Eso es, hija querida, el gran modelo que nos ayuda á sobrellevar las grandes iniquidades que á veces nos acometen en la vida.

Así, doña Carmen, con razonamientos cristianos, trataba de aminorar el gran dolor—bien justificado—de su querida y doliente amiga.

Cuando al siguiente día volvió á visitarla, le pareció que estaba algo más animada, y conceptuó que los dulces consuelos religiosos habrían producido su ordinario efecto, esto es, resignarse á la Divina Voluntad. Desgraciadamente, no era así. Angelina era muy joven: rayaba en los veinte años. Era valiente, amante y apasionada; sufriría mil muertes por recuperar su perdida felicidad. . . . Tenía una esperanza terrenal, y no celeste.

La fábula de Pandora destapando la caja que contenía todos los males, los que se esparcieron en el acto por el mundo, quedando en el fondo sólo la esperanza, es una magnífica alegoría que demuestra á maravilla lo mismo que pasa á los mortales. ¿Quién pierde por completo la esperanza? ; Nadie! El moribundo, si es creyente, espera en otra vida mejor; si es materialista, espera el descanso en la destrucción de la materia; si sus grandes desgracias le hacen desear la muerte, espera que esta vendrá pronto á llevárselo. . . . y así veréis que todo el mundo espera algo.

Dijimos antes que el cajón de la mesa de Angelina iba, cual la caja de Pandora, á regar los males sin dejar la esperanza en el fondo; pues hemos de rectificar nuestro error, porque allí donde creímos que no había nada, Angelina halló la esperanza. Con ese hallazgo se animó bastante; por cuya circunstancia doña Carmen, notando el cambio, la dijo:

—Te hallo hoy muy animada, querida mía; ; cuanto me complace ese cambio!

—Sí, mi buena amiga; realmente, estoy más animada después de que me ha ocurrido una idea salvadora.

—¿Y es. . . . ?

—Usted sabe que aguardo á un viajero que creo no tardará en llegar. Pues bien: en seguida que llegue, le suplicaré me acompañe en el viaje que tengo proyectado, y él me acompañará. Tengo mucho dinero, Ud. lo sabe. . . .

Ésta era la esperanza que había en el cajón.

—Sí; tienes lo suficiente para dar la vuelta al mundo.

—Y la deré, si fuere necesario: una madre que alienta la esperanza de hallar á su perdido hijo, no retrocede ante los peligros de largos viajes.

—¡ Ah! ; Muy bien! Vas en busca del niño; pero si le hallas, también hallarás al padre.

—¡ Y bien! Si le hallo, le perdonaré por mi hijo. ¿ Qué le parece á Ud. mi resolución?

—¡ Magnífica! Si yo no tuviera dos hijas que cuidar, te acompañaría en ese especie de odisea que vas á emprender.

—Si Ud. no me acompaña tendrá muchas veces noticias mías. Llevaré un diario consignando en él todo lo que me vaya ocurriendo, tanto en la travesía como en tierra. Como de ese diario extraeré lo más notable para copiarlo en mis cartas, á Ud. la tendré al corriente de todo y Ud. me seguirá paso á paso como si viajara conmigo.

—¡Cuán grande será mi alegría cuando reciba noticias tuyas!

Aquí llegaban en su diálogo cuando compareció el doctor. El bueno de don Prudencio era considerado allí como miembro importante de la familia. Mediante el funesto acontecimiento de días atrás, existía entre Angelina, doña Carmen y él un secreto lazo que estrechamente les unía.

Las niñas, Frasquita y Pancho, ignoraban que César fuera el autor de todas aquellas calamidades. Angelina había rogado á su amiga que guardase silencio para que no recayera la afrenta sobre el padre de su hijo. Sólo tres personas—ellos tres—sabían la verdad pura. Los otros comentaban el hecho sin poder dar solución al enigma. ¿Que no llegaba don César? Pues sería que algo lo detuvo más de cuenta en Calcuta. Luego, esa tierra estaba tan lejos!.... Allá por los antípodas!.... Al fin llegaría! Pancho se daba á mil diablos porque esa tardanza retrasaba sus proyectos de futuro sabio!.... ¡“Llegará! ¡Llegará!”; repetía con frecuencia. ¡Oh, la ilusión! ¡Neblina transparente matizada de oro y rosa, tras la que corre la humanidad entera envolviéndose en sus diáfanos pliegues para cruzar la vida! Los desgraciados que han perdido tus mágicos espejismos, no viven: vegetan. ¿Y el niño!....? Otro problema insoluble para ellos.

Apenas saludó el doctor, dijo, sentándose:

—¡Noto que esta niña tiene hoy muy buen semblante.

—Sí—repuso doña Carmen—ese buen cambio se debe á una gran resolución que ha tomado Angelina. Figúrese Ud. que apenas llegue un viajero que espera muy pronto, se irá con él por el ancho mundo en busca de su hijo.

—Esa es una gran idea, digna de una madre amante. Pero ese viajero esperado, ¿es pariente de la señora?

—¡Oh, sí!—dijo Angelina—pariente y muy cercano. Por eso estoy segura de que, asociándose á esta buena obra, partirá conmigo sin vacilar.

—Pues siendo así, aplaudo de todo corazón y deseo que el viaje se efectúe lo más pronto posible.

—No espero otra cosa que la llegada del pariente para emprender la marcha.

—Ese señor entenderá muy bien de viajes; pero yo me atrevo á aconsejar á Ud. que se dirija directamente á Nueva York. Si allí no adquiere datos positivos que la pongan sobre la pista que se desea hallar, entonces emprender viaje por todos los Estados de esa gran Nación. Es imposible que por medio de los registros de Hoteles ó por la policía, que allá está bien montada, no adquiera Ud. alguna noticia cierta de los prófugos que busca. Casi todas las personas que emigran de Europa se van á los Estados de Norte América, y cuando desean eclipsarse se internan mucho hacia los más lejanos sitios. Son muchos los departamentos, y quizá será menester escudriñarlos todos; pero estoy seguro de que Ud. no retrocederá ante ningún obstáculo, aunque tenga que viajar en la gran línea férrea del Pacífico, para encaminarse á California.

—Eso de que ningún obstáculo me hará cejar en mi tenaz empeño, puede Ud., doctor, afirmar sin ninguna vacilación. No volveré á Europa sin hallar á mi hijo, aunque tuviera que—dejando la América—lanzarme á los antípodas. Tengo mucho dinero disponible y un excelente compañero de viaje. ¿Qué me falta, pues? ¿Resolución? ¡Ah, nó! Mi carácter es de hierro cuando se trata de realizar una empresa en la que fundo mi futura dicha, ¡todas mis esperanzas de felicidad!

—Así lo creo, señora; así lo creo. Si Ud. no halla á los que busca, es porque se han ocultado en el centro de la tierra. Resuelto ya definitivamente el viaje, hay que ocuparse ahora del cambio inmediato de su actual sistema de vida de Ud. Opino que desde mañana comience á cambiar su alimentación, tan escasa en los últimos días. Dará por las mañanas un largo paseo, seguido de un suculento almuerzo. Más tarde, una comida nutritiva. Continuando ese régimen se fortalecerá en pocos días, y estará Ud. en disposición de afrontar el terrible mareo, pues aunque ese accidente no perjudica á la salud, es molesto en alto grado. Cuando el cuerpo está bien fortalecido, dura poco: dos ó tres días á lo sumo. Después, á pesar del balanceo de la nave, anda Ud. sobre cubierta como si estuviera en tierra—excepción hecha de algunos pocos individuos, que no cesan de marear hasta que se hallan en tierra firme. Me prometo que Ud. no perezca á ese número.

—Sin embargo, cuando vine de Madrid, mareé todo el viaje, pero como no duró más que unas sesenta horas.....

—No sabe usted lo que le durará en un viaje mayor. Si Ud. viaja con buen tiempo y el buque no cabecea mucho, á los tres días, como ya dije, estará Ud. buena; y aun podría, por distracción, ocuparse en cualquier labor entretenida. Puede subir á la toldilla, y apoyada en la batayola tender una mirada por el extenso mar. Pero si por un viento contrario y algo recio el barco comienza un balanceo fuerte, asoman otra vez los síntomas del mareo, el cual cesa al cesar la causa. Aunque su compañero de viaje la dará muy oportunas explicaciones sobre estos percances de á bordo, que, con raras excepciones, acometen á todos los que viajan por el gran charco, yo he querido con antelación darle una somera noticia para hacerla comprender la importancia del cuidado físico que ha de observarse antes de emprender un largo viaje. Conque, señora, ¡á comenzar nueva vida desde mañana!

—Así lo haré, don Prudencio; le prometo seguir sus buenos consejos. No será por abatimiento físico por lo que deje de partir. Aún no tengo veinte años; pero á pesar de mi corta edad, me conceptúo tan valiente como la que más.

—Siempre lo he creído así, señora mía; tiene Ud. gran energía de carácter, lo que exige la gran empresa que va á acometer. Todo saldrá bien.

El buen amigo se despidió hasta el día siguiente.

Angelina cambió radicalmente. Todos los días acompañada de alguna de sus amigas ó de su doncella, paseaba por las afueras de la ciudad un par de horas. A la vuelta almorzaba muy bien, y después comía opíparamente. En ocho días volvieron las rosas á sus mejillas, adquiriendo sus grandes ojos aquella brillante vivacidad que tuvieron siempre y sólo sus grandes desgracias habían amortiguado.

El doctor, que diariamente la visitaba, no cabía en sí de gozo al contemplar el buen resultado que había producido su método.

Angelina se había suscrito al "Heraldo", diario muy noticioso. Le parecía que leyendo las noticias de Oceanía, sabría algo del viajero que esperaba, el cual, justamente, vendría de las Filipinas.

Un día que estaban con ella doña Carmen y sus hijas, llegó el repartidor de periódicos. Al momento lo tomó, buscando en él la sección de noticias marítimas. Por un rato le-

yó en silencio, pero, de repente, lanzando un grito dejó caer el papel, rodando ella misma por el suelo.

—¡Dios mío! ¡El ataque! ¡Corre Corina! ¡Anda, hija: que llamen pronto al doctor! ¡Pero señor! ¿Qué motiva este nuevo accidente? ¡Si estaba buena y enteramente llamada!

El médico llegó, y esta vez entre todos pusieron en el lecho á la paciente. Sí: era el ataque, pero muy moderado. No había gritos sino pérdida de sentido y algunas convulsiones.

—Pero, señora: ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué ha motivado este nuevo accidente?

—Yo no sé, doctor: ella estaba leyendo tranquilamente “El Heraldo”, cuando de improviso dió un grito y cayó al suelo.

—¡Ah! Leía el diario? Pues vendrá en él alguna mala noticia. . . . ¡Aver, á ver! ¿Dónde está ese papel?

Doña Carmen lo recogió del suelo, entregándolo á don Prudencio.

Este fijó la vista en la columna de noticias, y después de leerlas dijo:

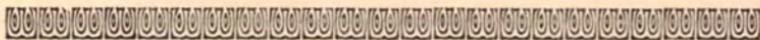
—Aquí se habla de un caso muy curioso y que de seguro toca de cerca á doña Angelina. Indudablemente se trata del viajero que tan ansiosamente esperaba. Oiga Ud.

“Noticias de Oceanía.

“Este año han ocurrido en los mares de la Oceanía grandes siniestros marítimos. En el grupo de las Filipinas, perteneciente, como sabemos, á la comarca de la Malasia, se han desarrollado fuertes y repetidos huracanes. Se sabe que una hermosa corbeta que zarpó con buen tiempo del puerto de Manila fué acometida al quinto día de su viaje por una horrible tempestad. El capitán, hombre muy entendido en estos aciagos lances, desde que en la tarde una pequeña nube negra le anunció la proximidad del huracán, mandó ejecutar la maniobra que se requiere para afrontar el terrible meteoro. Se aferró todo el velamen, quedando el buque á palo seco. De repente, la pequeña nube se agrandó obscureciendo por completo la poca luz del día que aún reinaba. La embarcación quedó envuelta en tinieblas, siendo á poco juguete de las enormes olas que impelidas por la furiosa tempestad corrían con vertiginosa rapidez, amenazando tragarse la corbeta. En la noche arreció la tormenta; la caña del timón se rompió, y no teniendo ya freno alguno, la misera nave corría desatentada. Se había perdido el derrotero. El huracán

destrozó la bitácora, llevándose consigo la brújula. La situación no podía ser más aflictiva. La corbeta corrió por muchas horas sin saber á dónde, hasta que un terrible choque dió cuenta del derrotero que seguía, indicando que se había detenido sobre un arrecife de coral, submarino. Estos escollos están bien determinados en las cartas geográficas. Todos los capitanes y pilotos saben evitarlos, porque los conocen; pero en medio de una noche oscura y tempestuosa, perdidos el timón y la brújula, ya no hay ni puede haber quien indique la proximidad de esos temibles arrecifes corálíferos que tanto abundan en aquellos mares. Apenas chocó y se detuvo la "Isabela"—nombre de la corbeta—se bajó á la bodega, notándose con terror que el agua subía allí paulatinamente, pero subía siempre. Al momento comenzaron á funcionar las bombas, esperando contener el avance hasta que luciera el día. Talvez entonces se podría tapan la vía de agua que seguramente tenía en su fondo la corbeta. Vana esperanza! Al ver que á pesar de sus esfuerzos el agua subía más y más y casi invadía las cámaras, los marineros, como siempre sucede en tales casos extremos, se desalentaron, negándose á dar más á las bombas. Decían que siquiera querían morir descansados. Convencido el capitán de la inutilidad de aquel improbo trabajo, les dejó hacer su gusto, preparándose también él á recibir con resignación una muerte segura. Un marinero, gran nadador, quiso afrontar el furor de las olas diciendo que lo mismo era esperar la muerte allí que ir á buscarla en medio de la borrasca; y, dando el último adiós á sus compañeros, se lanzó valerosamente á las aguas. Nadando y combatiendo con enormes olas, que tan pronto lo lanzaban á su cúspide como le hundían en profundas simas, tuvo al fin la suerte de abordar un pequeño islote. Subió á él, y tendiéndose en el suelo aguardó la luz del día, que ya en Oriente desplegaba sus rosadas tintes. La tempestad había comenzado á ceder en su furia ante la apacible bonanza, que muy pronto extendió su benéfico poder ahuyentando del todo á su feroz enemiga. Cuando salió el sol, el intrépido marino subió á la cima del islote—que era muy pequeño no teniendo ni habitantes ni vegetación alguna.—El náufrago fundaba su esperanza en alguna embarcación que pudiera pasar, como en efecto ocurrió. Apenas estuvo un rato en su atalaya distinguió, no muy lejos, un junco malayo. Al punto se quitó la camisa, agitándola repetidas veces en el aire. Tuvo la dicha de ser visto por las gentes del barco, que despacharon un pequeño esquife para que recogiera al náufrago.

Ese junco se dirigió á Manila, y por el marinero, único sobreviviente de la catástrofe, se supo allí el naufragio de la corbeta "Isabela". Si nos hemos detenido á detallar algo de ese naufragio, ha sido porque en ese barco regresaba á España—su patria—un caballero de curiosa historia. En tiempo de la Guerra de la Independencia, durante el reinado de José Napoleón, ese caballero era coronel de infantería. Parece que en una reñida batalla, en el cual la suerte fué adversa á las armas españolas, los franceses hicieron prisioneros; entre ellos se contaba el coronel. Este, con otros tres oficiales, fué sentenciado en consejo de guerra á ser pasado por las armas veinte y cuatro horas después. Pero lo admirable es, que mediante la influencia de un gran amigo suyo—quien se había afrancesado casándose con la primera dama de la reina, esposa del rey José—fué el coronel fusilado sólo en apariencia, porque las armas de sus ejecutores estaban cargadas solamente con pólvora. Cayó al producirse la descarga. Cayó, sí, para simular su muerte. Su camisa se inundó de rojo mediante una tintura que su amigo le había dado encerrada en un pequeño frasco de soplillo, con el encargo de colocárselo entre la camiseta y la camisa. Naturalmente, al sonar la descarga el coronel llevó con fuerza su mano al pecho; el soplillo, bajo la fuerte presión se rompió y nuestro hombre cayó inundado en líquido rojo. ¿Quién había de sospechar tal superchería? En la noche su gran amigo y salvador lo sacó del depósito de muertos; lo condujo á las afueras de la ciudad; le dió dinero, un salvo-conducto para que pudiera atravesar sin peligro por en medio del ejército francés, y un pasaporte con nombre supuesto. Allí constaba que don Gonzalo Fernández, comerciante, pasaba á Manila á desempeñar asuntos de su profesión. A Manila llegó, con efecto, y asociándose á un comerciante español, en algunos años realizó un cuantioso capital. Entonces pensó en volver á su patria, porque habiendo terminado allí la dominación napoleónica, ya no corría su vida peligro alguno: la sentencia de muerte había prescrito. Al efecto, dejando sus riquezas en el Banco Español, se embarcó para Europa en la corbeta "Isabela". El buen coronel escapó de un fusilamiento, para venir á morir ahogado en los mares de la Oceanía. Su verdadero nombre era Alberto Sorel. ¡Paz á sus restos!"



CAPITULO XI

EL INCENDIO

Al terminar la lectura de ese largo artículo, doña Carmen y el doctor quedaron cabizbajos y pensativos al considerar las muchas calamidades que cual lluvia desatada caían sobre la triste Angelina.

—Sí, sí—decían—ese señor Sorel era el pariente que esperaba. ¡Pobrecita! Ha perdido su gran esperanza.....

—¡No sé yo—dijo doña Carmen—cómo podré consolarla, cómo la haré sobrellevar este último golpe!

—Pues señora—predicándola siempre sobre la paciencia en las desgracias de la vida—en las dolorosas vicisitudes por que atraviesa gran parte de la humanidad. El señor Sorel no fué la única víctima en ese naufragio. Estoy seguro. Luego hay hoy muchas familias que lloran la pérdida de la "Isabela". Entre ella habrá madres, esposas, hijas, hermanas..... Así es que doña Angelina sufre hoy lo mismo que otras muchas. No estoy por lo que dice el refrán "Mal de muchos, consuelo de tontos." Eso no es cierto. Mejor sería decir "mal de muchos, consuelo de afligidos." Si á uno solo le sucedieran desgracias, habría para desesperarse; pero viendo que algunos otros sufren también, se experimenta cierta conformidad..... se siente una cosa así como la fraternidad del dolor.

—Tiene Ud. razón, doctor.

Después de dos horas de síncope, Angelina despertó. Bajóse de la cama relativamente tranquila. Luego habló así:

—¿Han leído Uds. el diario?

—Sí,—dijo la amiga.—He leído el naufragio de una corbeta "Isabela". ¿Te interesa á tí eso?

—Tanto, que todos mis hermosos proyectos de viajes han caído por tierra: el compañero que esperaba ya no existe. ¿Y sabe Ud. quién era? ¿No? Pues era mi padre!

—¿Es posible?—dijeron á un tiempo los dos oyentes.

—¡Y tanto! Toda esa historia del coronel fusilado en apariencia, yo la sabía por la carta que ya hace tiempo recibí de mi padre juntamente con su retrato. Yo ignoraba que tenía un padre; siempre había creído que murió en el sitio de Zaragoza, hasta que recibí su carta contándome en ella su salvación casi milagrosa. Como quiera que me recomendó guardar silencio hasta que él viniese, á nadie dije que tenía un padre. Ud. recordará, amiga, lo que la dije un día: “Aguardo á una persona muy amada que había creído muerta hace tiempo; el día que llegue lo celebraremos mucho.”

—Sí, efectivamente: recuerdo eso.

—Pues bien; como ya murió el sujeto tan ansiosamente esperado, ya no tengo por qué guardar secreto. Y digo á Uds.: mi padre ha muerto, mi esposo me abandona, he perdido á mi hijo. ¿Se necesita algo más para ser feliz?

El tono sarcástico de Angelina no le gustaba al doctor; más quisiera verla llorar. Pero ella no lloró. Siguió hablando tranquilamente; no pondría nuevo luto por su padre, porque ya lo había llevado cuando la noticiaron de que murió heroicamente allá en el sitio de Zaragoza, según la dijeron, de seguro por atenuar con esta muerte honorífica la sentencia á ser fusilado, muerte menos gloriosa que la otra. Que-daba, pues, decidido que no portaría de nuevo los tétricos vestidos. ¿Para qué, si ella pensaba continuar su vida de esparcimiento como en los últimos días?

Don Prudencio no las tenía todas consigo. Allí se escondía algo; aquella calma no le parecía natural. ¿Pensaría ella en el suicidio? Las desgracias no eran para menos. Quién sabe? Había que advertir á doña Carmen para que vigilara.... Su experiencia profesional le indicaba que un temperamento como el de Angelina, fuerte, robusto y muy nervioso, era opuesto á la tranquila calma, sin duda simuladora. “Ya veremos, ya veremos—terminaba.—Hay que vigilar....”

Angelina, acompañada de sus amigas, se iba todas las mañanas á las afueras de la ciudad. Unas veces subía á la dehesa, deleitándose al parecer en ver las bonitas casas y haciendas que hay por ahí; otras, se iban á la Palmita, ó bien bajaban á la playa, entreteniéndose en recoger pequeñas conchas y caracoles, de los que trae la pleamar, depositándolos sobre la arena. El resto del día lo pasaba en medio de

sus amigas, ocupándose en alguna bonita labor de mano. Las vecinas estaban encantadas: su amiga volvía á la vida ordinaria. Cuidaban de no mentar el pasado, y sólo se hablaba de modas y asuntos triviales.

Don Prudencio habló á doña Carmen de la desconfianza que le inspiraba la tranquilidad de Angelina. Pero como esta señora no advirtió en su amiga el menor indicio que justificara las sospechas del doctor, supuso serían aprehensiones del buen señor.

Casi todos los sábados por la tarde iba Frasquita al pueblo á ver á su madre. Se quedaba en la noche, y volvía al otro día. Esos días en que la doncella se ausentaba, Angelina pernoctaba en casa de sus amigas, ó bien alguna de éstas venía á quedarse con ella.

Un sábado, á la caída de la tarde, llamando Angelina á Frasquita, la hizo sentar á su lado, diciéndola:

—Frasquita: ya es tiempo de que te cases. Sé que no lo has hecho considerando mis desgracias; ya estoy conforme con ellas y no hay que dilatar más tu boda. También quiero que se efectúe pronto porque deseo pasar una temporadita en el campo, ¿y dónde mejor que en tu pueblo, tan pintoresco y alegre? Tú me buscarás una casa cerca de la tuya, y allá me iré apenas te cases.

—¡Ah! ¡Qué gusto para mí que Ud. se venga al pueblo! La casa de mi madre está junto á la mía. Estoy segura de que ella la cederá con mucho gusto para que Ud. la habite por todo el tiempo que quiera vivir en el pueblo.

—Muy bien; yo no puedo ser tu madrina, como te ofrecí en mejores días..... Pero doña Carmen ó alguna de las niñas lo será por mí. Yo les pediré ese favor, y creo me lo concedan. Ahora voy á darte un pequeño regalo para los gastos de boda.

Y abriendo su pupitre, puso en manos de la doncella una bolsita muy repleta que sacó de allí.

—Aquí, en esta bolsa, tienes quinientos duros para poner tu casa; y si sobra algo, no te faltará en qué emplearlo.

—¡Jesús, señora! ¡Tanto dinero á mí! ¿Y por qué?

—Porque siempre fuiste muy buena conmigo, y porque es mi gusto regalarte esa cantidad.

—Dios le pague á Ud. su generosidad y le devuelva todo lo que ha perdido.

—¡Así sea!—dijo Angelina.—Todavía queda hora y media de día; vé á ver á tu madre, como acostumbras los sábados. Lévale ese dinero para que arregle todo y, á más

tardar dentro de ocho ó doce días, te conviertas en señora casada. No olvides el gran deseo que tengo de irme pronto al pueblo. Un favor te pido, y es que mañana á las ocho estés de vuelta y no te quedes hasta la tarde, como otros domingos.

—Si la señora quiere, no iré esta tarde.

—No; no hay por qué variar la costumbre. Como vengas mañana de ocho á nueve, basta.

—Estaré aquí á las siete, sin falta.

—Muy bien; hasta mañana, pues.

La buena muchacha se marchó á su pueblo, sin sospechar siquiera la desgracia que ya se cernía sobre su buena y generosa ama....

Angelina pasó la velada con sus amigas. A las nueve se retiró, diciendo que iba á acostarse temprano porque pensaba al otro día dar en la mañana un paseo algo más largo que los cotidianos. "Quizá—dijo—me alargaré hasta ver la Parroquia de las Nieves."

—Iremos contigo—dijeron las niñas.

—Pues hasta mañana.

Y abrazándolas, fuese á su casa á entregarse en brazos de Morfeo.

Mediaba la noche, cuando la campana mayor del templo tocando á rebato, y el ruido atronador de los tambores mezclado al estridente son de las cornetas, llenaban los ámbitos de la ciudad.

Doña Carmen saltó del lecho como así mismo sus niñas, vistiéndose enseguida.

—¡Dios mío, un incendio! ¿Dónde será? Debe ser cerca porque hay mucho ruido en la calle. ¿Dónde será?

La respuesta no se hizo esperar. Corriendo á la sala abrió el balcón, y ¡oh terror! una oleada de aire caliente la hizo retroceder. Frente por frente de su casa, la de Angelina Sorel, presa de voraz incendio, ardía por los cuatro costados.

Lenguas de fuego se escapaban por ventanas y puertas, amenazando á los muchos hombres que estaban en la calle. Doña Carmen mandó á Pancho que, aterrado, contemplaba el siniestro, que adaptara la manguera al tubo del comedor: y como media veinticinco metros de largo, fué muy fácil traer el agua á la sala. Ya allí, la señora empapó en el líquido un pañuelo que se echó por la cabeza para resistir el aire abrasador que venía del incendio, y, asomándose á una ventana, gritó á los bomberos que salvaran á la dueña de la casa, quien debía de estar dentro. Eso lo gritó varias veces.

La bomba estaba funcionando hacía rato. ¡Pero, ¿qué es una sola bomba para un fuego como aquél? Serían precisas cuatro, cinco ó seis para dominar las enormes columnas de fuego que á cada momento surgían de aquel cráter en erupción.

Pancho cubierto con un lienzo chorreando agua, no cesaba de dirigir á todos los huecos de la casa el chorro de la manguera, evitando así que se incendiasen las puertas y ventanas, que ya comenzaban á gotear resina.

Como la tea es una madera incorruptible, allí se fabrican casi todos los techos, pisos, puertas y ventanas de ella. Las construcciones son durables, pero muy peligrosas en caso de incendio porque la cualidad resinosa de esa madera la hace en alto grado combustible. Pero teniendo cuidado no hay peligro alguno. Todos los incendios proceden casi siempre de la falta de cuidado.

¿Por qué sucedió esa desgracia en casa de Angelina? Doña Carmen sospechaba que la joven se durmió dejando alguna vela encendida; que acaso alguna pieza de ropa cercana á la luz comenzó á arder; que el fuego se vió tarde porque justamente aquella noche había función teatral y la mayor parte de la población estaría en el Circo de Marte (nombre del teatro.)

—¡Pero, gran Dios! ¿Y si le dió el ataque al ver fuego en su casa...? ¡Ah! ¡Entonces pereció entre las llamas! ¡Qué dolor!

Esos terribles pensamientos ponían á doña Carmen fuera de sí; y cubriéndose siempre con el pañuelo nuevamente empapado en agua, no cesaba de rogar que salvaran á la dueña de la casa.

Oyendo esos lamentos, uno de los bomberos se acercó bajo la ventana diciendo:

—Señora: se han hecho mil esfuerzos para penetrar en la casa, y no se ha podido. Uno de mis compañeros trepó á una ventana donde el chorro de la bomba tenía dominado el fuego; pero apenas llegó arriba, una nueva llamarada saliendo por la ventana inmediata quemó la parte culminante de la escala y mi pobre compañero rodó desde arriba fracturándose, al caer, una pierna. Esa señora talvez salió á principios del fuego y andará por ahí, huyendo.....

Esa idea del bombero hizo que la afligida amiga pensara que talvez el hombre tenía razón. Volvióse á Pancho diciéndole:

—Pancho, hijo: deja la manguera, y vé por esas calles

á ver si hallas á Angelina, que acaso pudo salir de su casa á tiempo. Ya sabes que padece un mal de corazón, y talvez puede estar caída en alguna parte sin tener quién la socorra. Frasquita estará con ella; pero su ayuda no basta. Y tú sabes lo que es y el auxilio que necesita ese ataque. Registra bien las calles: puede que tengas la suerte de hallar á Angelina y Frasquita. Si acaso se fueron, es que huyeron por la Calle Trasera. Principia por ahí la investigación.

Pancho no se hizo repetir la orden, y bajó corriendo á la calle.

Estaba escrito que el buen muchacho siguiera conjugando el verbo correr. Ya había corrido; ahora corría; ¿quién sabe si correrá? El futuro es el gran secreto de Dios.

Entretanto la señora llamó á Bonifacia, la cual después de hacer un envoltorio conteniendo todas sus galas, permanecía impertérrita cuidándolo, por si era preciso salir de la casa llevárselo consigo: no podía ella confiar á nadie tal tesoro.

—Anda, Bonifacia: vén á ayudar aquí.

—Pos ¿y mi ropa?

—Nadie te la quitará; vén pronto.

—Bien dije que paqué le pusieron á la Virgen el traje de color de fuego que traiba este año.

—Sí, sí; tienes mucha razón; pero ven á ayudar.

La criada, siempre refunfuñando, se puso, por indicación de su ama, un pañuelo mojado en la cabeza, y cogiendo la manguera continuó el trabajo que antes desempeñó Pancho.

Este había salido corriendo. Lo primero que estorbó su carrera fué la doble fila de soldados que guardaban la bocacalle; guardia puesta para evitar los robos, porque hay gentes tan malvadas, que aprovechan esos tristes lances para apropiarse lo ajeno; y como ahí se amontonan tantos muebles sacados de las casas vecinas al incendio, hay que custodiarlos para que sus respectivos dueños vuelvan á recogerlos íntegros.

Cuando Pancho les explicó lo que buscaba, los soldados dejaron el paso libre. Pasada la Guardia, corrió hacia el Sur, Calle Trasera abajo. A cada transeunte que encontraba le preguntaba invariablemente:

—Señora ¿ha visto pasar unas dos mujeres corriendo?

Pancho no sabía de cierto si Frasquita estaba con Angelina ó allá en el pueblo con la madre. Ello es que á la pregunta el interpelado contestaba:

—Mujeres corriendo he visto muchas.

—No, no: es una que le da un mal....

—Ese hombre está en babia—decía el otro; y seguía su camino.

Pancho continuó corriendo hasta el muelle. Echó un vistazo á la plazoleta, y como no vió nada, tomó Calle Real arriba, subió la cuesta de don Matías, no encontrando en el trayecto ni un alma. Entonces se fué por la Calle de la Luz, algo pendiente y que limita á un lado un muro de mampostería, de un metro de alto. Asomándose á ese bastión, se ven, abajo, muy hondo, el muelle y unos cuevas llamadas del Dreguero cuya entrada combaten las olas en pleamar. Mientras Pancho subía la calle, topó con dos hombres que bajaban corriendo.

—Señores—les dijo—¿han visto por aquí una ó dos mujeres corriendo?

—No—contestaron lacónicamente.

—Pero es que á una de las que busco le da un mal....

—¡Ah! Pues entonces ahí más arriba hay un bulto tendido en el suelo. Será la mujer que Ud. busca.

Y siguieron calle abajo.

Pancho vió el Cielo abierto, y diciéndose: ¿Un bulto en el suelo? La señora es, caminó más aprisa y á los cien pasos se halló con una mujer tendida en la calle. Sacó una cajilla y encendió un fósforo, acercándolo al rostro de la individua. ¡Gran Dios! ¡Qué decepción! No era la señora. Era una pobre vieja que, según el vaho que exhalaba, dormía el profundo sueño de la borrachera.

—¡Maldita vieja! Me dan ganas de cogerla y tirarla por encima del pretil para que vaya á hacer compañía á las cuevas del Dreguero.

Y la cogió; pero no para ejecutar el homicida pensamiento, sino para depositarla blandamente junto á la pared, evitándola así algún pisotón de los transeuntes. En Pancho no arraigaba la idea del mal. Después de este percance, el buen muchacho galopó calle arriba y saliendo á la de San Telmo, la bajó toda sin hallar ni un viviente. Atravesó la plazuela de Santo Domingo, siguiendo hacia arriba la Calle de Huertas. Todo allí estaba solitario; sin embargo, el joven no perdía la esperanza. Como buen sabuezo, buscaba un rastro y se lisonjaba de hallarlo. Al fin, de las Huertas cruzó hacia San Sebastián comenzando á trotar barrio abajo.

—¡Buen hombre!—le gritó una de las muchas vecinas

que estaban asomadas á las ventanas de sus respectivas casas. ¿Cómo va el fuego? ¿Ha menguado algo?

—¡Cá. No, señora. Yo ando buscando á la dueña de la casa incendiada, y no la hallo. ¿La ha visto Ud. pasar por aquí?

—¡Pobrecita! No he visto mujer alguna. Pancho bajó á escape el barrio; llegó al Pósito, pasó por detrás de la Parroquia y comenzó á investigar la de la Cuna, que tampoco le dió resultado. Allá arriba entró en la Calle de Jorós, y bajándola se orientó un poco murmurando: “Es preciso subir el Lomo; talvez por el Norte tendré más suerte.” Y así lo hizo, subiendo y bajando el Lomo, no sin haber investigado antes el llano de las Clarisas, que tampoco dió resultado. Después entró en la Calle de los Molinos; al fin de ésta, salió por la del Tanque, la bajó y entró en la Alameda. Ahí sentóse en las gradas de piedra que hay al pie de la Gran Cruz. El muchacho sudaba á mares: era preciso descansar un poco.

¿“A qué voy yo al barrio del Cabo?”—pensaba.—“Es lejos, y ahí no se han ido; tampoco registraré las calles del Castillo, Marina y Santa Catalina y otras. Mejor vuelvo á casa, y mañana continuaré el registro. . . . Yo no voy á bajar y subir las calles que conducen al Callao. No; allí no hallaré nada. Voy por la plaza de San Francisco, y bajando la Asomada llegaré por la Calle Real al sitio de la catástrofe.”

Y como lo pensó así lo hizo, llegando en pocos minutos al sitio del gran incendio, que á la sazón había llegado á su apogeo.

Pancho, habiendo salido para el Sur y retornando por el Norte, al mismo punto de partida, había efectuado un pequeño viaje de circunnavegación. Los soldados que guardaban la calle por el Norte, le dejaron pasar sin discusión. Al entrar en el zaguán de doña Carmen, un horrible estrépito le hizo volver á la puerta de la calle viendo que el gran cataclismo se consumó, desplomándose al unísono todos los techos de la incendiada mansión. Un grito de horror se exhaló de todos los pechos: una inmensa columna de fuego, medio envuelta en densas nubes de negro humo, subió rápidamente al espacio. . . . talvez atravesando la atmósfera iría á espantar á los hipotéticos habitantes del Éter.

Pancho subió, dando cuenta á doña Carmen de la inutilidad de sus investigaciones.

—Pero aún hay alguna esperanza; porque yo he buscado en las calles y no dentro de las casas. Mañana iré á

ver si en alguna se acogieron doña Angelina y Frasquita porque yo creo que andan juntas. Otra cosa me ocurre. ¿Quiere Ud. que vaya al pueblo á ver si han llegado allá? El miedo quizá las haya impulsado á irse lejos.

Pancho: estoy tan aterrada que puedes ir donde quieras; no tengo iniciativa para disponer nada. . . . Sin embargo veo que estás muy cansado: toma antes de ir una copa de coñac para fortalecerte. Pancho aceptó—no tenía las fuerzas del enviado de Maratón, y era preciso correr; aunque al otro, la carrera le costó la vida.

—Voy, pues, señora; vuelvo pronto: el pueblo está ahí no más. La cuestión era recorrer por lo menos dos y media millas. El buen muchacho esta vez salió de la ciudad con dirección Oeste. La Guardia ya enterada del objeto de las idas y venidas de Pancho, volvió á darle el pase franco.

Dirigióse corriendo al barranco de los Dolores, subió medio jadeante las vueltas y en menos de media hora, se plantó en las Tierritas, terreno llano de pan sembrar; al fin radiaba el pequeño pueblo de San Vicente donde vivía la madre de Frasquita.

Para llegar más pronto, Pancho tomó por los atajos, saltando cercas; sin cuidarse de los destrozos que sus pies hacían en las sementeras, corría y corría sin cesar. Juanelo le había dicho que en tiempo de guerra el bandidaje está á la orden del día. Los hombres y las bestias atropellan, destrozando todas las propiedades ajenas sin curarse para nada del daño inferido al prójimo. . . . ¿Pues qué más guerra que ésta? ¿No había el fuego despojado á la señora? ¿Y no iba él en busca de ella para evitar mayores males? Si los otros destrozán puramente para matarse unos á otros él iba con más noble objeto; iba en busca de la señora para llevársela á la ciudad á que sus buenas amigas la consolaran. .

Y pensando y haciendo, corría, aplastando papales, echando por tierra lozanas mieses, pisoteando ajos y cebollas y todo cuanto hallaba al paso. El destrozo cesó al llegar á la puerta de la casa. Se había tirado al colete, en veinte y cinco minutos, algo más de media legua. Llegó jadeante y rendido; no obstante, con sus puños, ejecutó en la puerta un valiente paso redoblado.

—¿Quién está ahí?—gritaron desde dentro.

—Yo, Pancho; abran pronto.

La puerta se abrió apareciendo Frasquita arrebujaada en un sobretodo.

—¡Pancho! ¿Qué te trae á estas horas?

—Dime primero, mujer. ¿Dónde está doña Angelina?

—Doña Angelina! Pues á estas horas debe estar durmiendo en su casa.

—¡Buena casa te dé Dios! Si la señora ya no tiene casa! Si ya se le quemó!

—¡Jesús! Pancho ¿estás tocado de la cuerda?

—Pero mujer; yo pensé que ella, de miedo al fuego, se había venido huyendo contigo.

—¿Y es de veras que se le quemó la casa?

—Es muy cierto: antes de yo salir de la ciudad se desplomaron todos los techos.

—Y ¿dónde está la señora?

—Si no se sabe de ella. Yo corrí por todas las calles y no pude hallarla. Entonces pensé que talvez se vino contigo: por eso vine á informarme.

—Pero si yo llegué aquí esta tarde á las seis.

—Doña Carmen está muy sofocada pensando que por eso del ataque no pudo la señora huir á tiempo y se quemó con la casa.

—¡Jesús, María y José!! No quiera Dios que eso sea cierto—gimió Frasquita atribulada.

—Mira, Frasquita; yo tengo una idea. Tú vas mañana temprano á la ciudad, y entre los dos la vamos á recorrer; tú por una acera y yo por otra, preguntamos en todas las casas si anoche se quedó allí la señora. ¿Quién no la conoce, cuando su gran hermosura la ha dado tanta fama en la ciudad? Así tendremos noticia cierta de ella.

—Yo le ofrezco á la Virgen de la Nieves una misa cantada, y entrar de rodillas cuando alcen, como parezca la señora.

—Yo iré también á esa misa, y talvez me decida á entrar de rodillas como tú: le pondré en la alcancia una cantidad que no te digo por respeto al Maestro que dijo: “Cuando des limosna, no sepa tu derecha lo que da tu izquierda.” Ahora me voy, y allá te espero temprano.

—Iré apenas clarée. Voy á ver si mi madre me acompaña á rezar un rosario, como rogativa á la Virgen, á ver si salimos bien de esta nueva desgracia.

Pancho se volvió esta vez por el camino recto. Al llegar á la casa de Doña Carmen, el fuego, habiendo consumido todo el techado, ya no exhibía sino pequeñas llamaradas que de trecho en trecho surgían acá y allá. La bomba funcionando siempre iba extinguiendo poco á poco esos ígneos

residuos del voraz incendio. Los espectadores contristados casi todos, se retiraron á sus casas al amanecer.

El hombre, al nacer, trae consigo gran cantidad de buenos y malos sentimientos. Los buenos, se desarrollan al contemplar las desgracias de sus semejantes; quisieran, con toda su alma, poderlas remediar. Los malos aparecen, con su exhibición de grandes riquezas al lado de miserias inauditas. Entonces surgen odios y venganzas, que jamás hubieran surgido á estar la sociedad constituida según el mandato Cristiano: "A tu prójimo como á tí mismo", y pensar que ese mandato, no solo es Cristiano, sino Mosaico, Budhista y hasta impuesto por varias otras personalidades de remota antigüedad! Los hombres, de todas las épocas, no han querido practicar la fraternidad humana. . . . ; A su debido tiempo vendrá el castigo! Aunque creemos que las continuas guerras, consentidas por Dios, ya son un castigo para los infractores de la gran Ley de humanidad impuesta, hace millares de años, por quien sabía más que los modernos Legisladores. . . .

El incendio se apagó del todo y la bomba fué retirada.

Doña Carmen y familia presa de mortal disgusto, se habían recostado sin poder dormir.

Frasquita llegó temprano y comenzaron los llantos con la poca esperanza de consuelo. A las ocho, Pancho y la novia, empezaron sus minuciosas investigaciones recorriendo toda la ciudad sin dejar una sola casa á cuyos moradores no preguntaran por la dueña de la casa quemada. Todos los hacían entrar para que vieran que allí no estaba; los compadecían, aunque sin decírselo; todos los vecinos tenían por seguro que esa señora había perecido con su casa. Así debió ser porque en ninguna parte pareció. Los dos jóvenes mustios y cabizbajos regresaron á la casa. La familia se convenció de aquel horror. . . .

Al día siguiente se arreglaron vestidos de luto para las señoras y Frasquita, que por nueve días se quedó acompañándolas. Pancho puso un crespón en el sombrero, y hasta Bonifacia, dejando sus pañuelos chillones, se cubrió con uno negro.

Don Prudencio deploró altamente esa desgracia; pero ¿qué podía hacer? Ese caso no era curable con sanguijuelas y agua caliente. ; Oh! si hubiera sido como el otro. . . .

CAPITULO XII

EL VIAJERO

Tres meses después de los acontecimientos referidos anteriorente, ondeaba á corta distancia del muelle, un hermoso barco que á juzgar por su desplegado pabellón pertenecía á la marina inglesa. Varios pasajeros saltaron á tierra, entre ellos un caballero de hermosa presencia y mediana edad. Por su aspecto físico se conocía que era netamente español. Con una pequeña maleta de viaje en la mano se encaminó al primer hotel del puerto, y tomando asiento pidió al oficioso sirviente que allí había, un vaso de fresco de limón. El doméstico se apresuró á servir la limonada que el viajero apuró con fruición. Después, llamando al mozo, entabló con él un pequeño diálogo.

—¿Tendrá Ud. la bondad de indicarme el domicilio de don César Velazco?

—¡Ah! señor: don César no está en el país. Hace más de dos años que se fué de viaje y nunca ha vuelto.

—¿Pero su esposa, doña Angelina, no se iría con él?

—No señor, no se fué con él; pero también se fué.

—¡Cómo!—dijo el caballero un tanto alarmado.—¿No se fué con su esposo, y dice Ud. que también se fué?

—Pero es que como esa señora era tan buena se fué, sí, pero se fué al Cielo.

—¿Qué quiere Ud. decir?

—Pues que doña Angelina se murió.

El viajero se puso lívido.

—¡Ay señor! Veo que Ud. se ha disgustado mucho. ¡Cuánto siento haberle dado una mala noticia!

—Si Ud. no me la hubiera dado, yo la hubiera sabido por cualquiera otra persona á quien hubiese preguntado.